

## **A los 18 años de su muerte. José Antonio de Aguirre y el problema generacional**

*Deia*, 1978-03-21.

La personalidad del primer lendakari que hemos tenido los vascos ofrece muchos aspectos dignos de estudio.

Y de meditación.

Acaba de editar Leopoldo Zugaza el *diario oficial* bilingüe publicado por el Gobierno de Euzkadi, en tres volúmenes, y un libro con las palabras pronunciadas por Aguirre en el Congreso Mundial Vasco celebrado con ocasión del 20 aniversario de la creación, en Guernica, de este Gobierno, palabras dichas con esa transparencia que era su rasgo más señalado de conducta.

Pero todo lo que se refiere a nuestro primer presidente está aún por hacer.

Desde su biografía.

No sabemos los vascos, sobre todo los jóvenes, quién era, cuál su dimensión política, su ideología social, su capacidad de entrega y de trabajo. Yo quiero destacar hoy sólo un rasgo de su carácter. Su gran capacidad de aglutinar esfuerzos para construir Euzkadi a partir de lo real, de lo vivo, y en función del futuro de libertad que deseaba para su pueblo.

Vivimos hoy los vascos esta especie de quiebra de confianza entre hombres de generaciones distintas. No es esta crisis privativa de los vascos: Pero también a los vascos nos afecta. Y en una dimensión trascendente.

Creo que es aquí donde el *lendakari* nos sigue hablando con su ejemplo todavía.

En cuanto a las distancias generacionales, hay una explicación racional muy clara: La vida, en cualquier nivel, es sucesión, es movimiento. Este movimiento es a veces continuo, regular; en otros se da a saltos de tremendas conclusiones, y, como es nuestro caso, si la guerra se alarga después en este encono y violencia de años y años, hasta 40, resulta en términos de sociedad, un salto en el vacío.

Se produce entre otras cosas catastróficas vivir un contexto ideológico y político completamente diferente, precisamente el fabricado por las terribles consecuencias de una derrota que dura sin respiro de reparación casi medio siglo.

Y de padres a hijos, se van derivando cambios.

Ocurre que el ser humano tiene ciertas lealtades básicas. Están la familia, la nación a que pertenecen, el grupo político en que milita, y también se siente deudor el hombre de una cierta lealtad al tiempo y a los que le han acompañado en sus acciones. Sobre todo cuando las acciones de este tiempo quedan como fijadas por las consecuencias paralizadoras de una postguerra que no termina.

Y la lealtad del hijo, del nieto, son necesariamente distintas, como son diferentes sus vivencias en un mundo que también es ya diverso.

Esto no es cosa de ahora y de aquí sólo.

Pero si los jóvenes de hoy creen que el paso de las dos generaciones que los separa desde la última guerra que ha padecido nuestro pueblo no merece su respeto, ni siquiera su atención, creo que se equivocan.

Si no se dan cuenta ahora, se darán cuenta dentro de 20 años cuando los "jóvenes" ya son otros.

Y acaso sea tarde para hacer justicia a los "viejos" y esperar justicia de los "jóvenes". Los jóvenes de todos los tiempos no pueden limitarse a repetir el ejemplo de los viejos, es natural. Pero los hijos ganarían mucho si se preocuparan por conocer lo que han hecho sus padres. Y en la otra vertiente, también los viejos están obligados a hacer un esfuerzo para llegar hasta los jóvenes.

Entre los que merecen esta justicia a tiempo está el primer *lendakari* que hemos tenido los vascos.

Entre otros muchos méritos personales y políticos, José Antonio de Aguirre tenía esta capacidad de oír a los que tuvieron una experiencia anterior, de quienes logró una confianza sin la que no hubiera podido estar con los hombres de su generación en la diversidad socio-política que constituía su pueblo cuando llegó el momento de hacer frente a una guerra en las circunstancias más difíciles que se le pueden plantear a un pueblo. Y fue capaz, no sólo de cumplir su delicada misión durante la guerra, una circunstancia que movía a la solidaridad, sino después, durante la durísima y larga postguerra en que esa convivencia, esa articulación respetuosa de la diversidad política, ideológica y también generacional, resultaba muy difícil.

Hasta su muerte, ocurrida en el esfuerzo de esta lucha. Al *lendakari* Aguirre se le pueden contabilizar muchos méritos, pero sobre todo el de hacer coincidir los intereses del pueblo vasco en una cumbre desde la que las demás cotas ideológicas y de estrategia política pueden ser percibidas con un sentido de relación suficiente para fijar con lucidez las prioridades: la única manera de llegar por caminos políticos, a veces muy estrechos, y todos difíciles, que conducen a los pueblos a su libertad.